

ANTONIO GARCÍA Y BELLIDO Y SU ÉPOCA: UNA POSIBLE LECTURA¹

POR

RICARDO OLMOS

Departamento de Historia Antigua y Arqueología, CHE, CSIC, Madrid

Presentar esta convocatoria científica que hoy nos reúne en torno a la figura del profesor Antonio García y Bellido es para mí un honor a la vez que un reto y un riesgo. Pues el objetivo principal de esta jornada es el tratar de acercarnos a través de las propuestas de diversos especialistas y de la discusión final a la labor gigantesca del que fue un investigador único y, junto con él, a la de toda una época crucial de la arqueología española, la que nos lleva de la década de los años 1930 a los inicios de la década de 1970.

Pero este año, además de que sea placentera una convocatoria científica como la presente en la que pretendemos escucharnos y establecer un diálogo, además, digo, es esta reunión ante todo, para algunos de los aquí estamos, un deber. Con García y Bellido, tanto sus alumnos más directos como los que no lo fuimos más que incidentalmente, tenemos contraída una enorme deuda. En García y Bellido se perfila y desarrolla una significativa visión de la arqueología histórica del mundo antiguo que marcará época y abrirá camino y dará pauta a múltiples indagaciones posteriores. Pero además fue García y Bellido el creador de un importante cauce científico con el que quiso aglutinar gran parte de la arqueología clásica —prerromana y romana— en España a lo largo prácticamente de tres décadas: los años 40 a 70. Este deseo aglutinador se realizó por medio de una institución como lo fue el antiguo Instituto de Arqueología Rodrigo Caro, diseñado y sostenido

fundamentalmente por él y su autoridad científica desde inicios de los años 50². Pero de todo ello, y del instrumento científico que fue sobre todo la Revista *Archivo Español de Arqueología* como foro de discusión, nacional e internacional, de la arqueología clásica en España nos hablará enseguida en pormenor el profesor Javier Arce³.

Que hoy se celebre en el actual Centro de Estudios Históricos que ha absorbido aquellos pequeños institutos especializados como lo fue, prácticamente durante treinta y cinco años el Rodrigo Caro es, digo, un deber así como un acto de sincero agradecimiento a su fundador y promotor. Estaremos o no de acuerdo con unas u otras, con muchas o con pocas, de las formulaciones científicas de García y Bellido. Estarán o no superadas tales o cuales propuestas y modos de enfocar la historia. Pero somos deudores y herederos de la tradición histórica de nuestros predecesores y hoy, en nuestro caso, la investigación del mundo antiguo en sus vertientes principalmente histórica y arqueológica lo es en una gran medida de la figura de García y Bellido. Creo que

¹ Se reproduce, con pequeñas variantes, el texto de presentación de la Reunión Científica del Día Antonio García y Bellido dedicada este año al análisis del tema «Cincuenta años de Arqueología ibérica», Departamento de Historia Antigua y Arqueología «Rodrigo Caro», miércoles 9 de febrero de 1994.

² Cf. A. García y Bellido, *AEspA*, XXV 1951 pp. 161 ss. Cf. los comentarios de R. Olmos, Esbozo de una historia del departamento. El antiguo Instituto de Arqueología «Rodrigo Caro» en *AEspA*, 64, 1991, pp. 352-4, dentro de una reseña más amplia sobre el actual Departamento.

³ Sobre la figura científica y humana de Antonio García y Bellido cf. la comunicación de J. Arce sobre A. García y Bellido, García y Bellido y los comienzos de la historia antigua en España, *Congreso Internacional «Historiografía de la Arqueología y la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX) 1989*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1991, págs. 209-211. Asimismo, M^a Paz García-Bellido, Prólogo a A. García y Bellido, *España y los españoles hace dos mil años según la Geografía de Estrabón*, 10^a ed. Madrid 1993, pp. 10-44.

un modo de expresar ese agradecimiento es tratar de situar, de valorar y de comprender, en su perspectiva histórica adecuada, uno de los aspectos de la actividad científica de ese hombre que ejerció por completo la investigación como vocación, Antonio García y Bellido. Hoy nos ocupará en especial su visión del mundo ibérico, sus aportaciones a esta faceta de la arqueología prerromana en España.

El presente no es autosuficiente ni absoluto y no se puede explicar encerrado en sí mismo, sin acudir al pasado. El historiador debe recuperar esa memoria del tiempo pretérito que en la arqueología además puede materializarse en las cosas. El pasado es siempre un estímulo de reflexión y la misma investigación no debe liberarse de una crítica de sí misma, de un autoanálisis. Uno de los diversos caminos de reflexión es proyectarse en el espejo de los que nos antecedieron. Esta búsqueda, si es profunda, puede ayudar a explicar en ocasiones aspectos del presente. Nuestra situación actual —más o menos buena o mala, según se quiera ésta leer— con nuestras virtudes y limitaciones, con nuestros aciertos y desaciertos científicos, debe implicar también esta reflexión historiográfica de nuestro pasado inmediato.

Creo que esta reunión no pretende ser nostálgica sino científica. Lo que no implica que no sea afectiva. Estamos aprendiendo todos a compartir el afecto y el respeto con la crítica. La razón y la pasión pueden ir unidas. La generación de los que andamos ahora entre los 40 y 50 años, olvidada inconscientemente de la historia inmediata, con demasiada frecuencia disoció una y otra.

Durante muchas décadas no se ejerció en España la reflexión historiográfica. Un Pío Baroja historiador del siglo romántico en los años 30 notaba ya con su aguda perspicacia «esa extraña falta de curiosidad de los españoles del siglo XIX por la historia viva»⁴. «España —diría después Antonio de Obregón en 1934— es uno de los pueblos donde más sucesos importantes se han desarrollado sin dejar rastro»⁵.

Pero en estos últimos años se está recuperando el hábito perdido de la memoria histórica. Era una paradoja que historiadores y arqueólogos, quienes precisamente nos dedicamos a este oficio del pasado, no nos aplicáramos el cuento y la receta a nosotros mismos. En este sentido la arqueología española ha sido, creo, poco reflexiva desde esta meditación

de la historiografía. Apenas nos hemos ocupado de nuestra historia más directa y próxima, de nuestra investigación inmediata. Desde luego, mucho menos que los colegas alemanes que han escrito, por ejemplo, sus *Archäologische Bildnisse*, esas biografías y valoraciones de los principales arqueólogos de lengua alemana desde Winckelmann hasta los que florecieron a mediados de este siglo XX⁶. Algunos, como Ludwig Curtius, llegaron a escribir en relatos tan entrañables como ricos en ideas, sus recuerdos, las vivencias que tuvieron o que les llegaron de sus profesores y colegas en arqueología, los *Lebenserinnerungen* como les llamaba, digo, Curtius⁷. Por no detenernos en sus «Nachrufe», esas evocaciones funerarias que, al sabor clásico del recuerdo entrañable hacia el compañero desaparecido, se une la valoración de la obra científica del investigador en su paso por esta vida. No digamos la arqueología británica, en un país tan devoto de la National Biography como Inglaterra: podría hacerse una cierta historiografía de la arqueología nada superficial, como en general de la ciencia inglesa, por los obituarios de periódicos como el *Times*. Nos es dado conocer bien la historia de la cátedra de arqueología clásica de Oxford, de aquellos que fueron transmitiéndose el título de Lincoln Professor, desde Sir Arthur Evans al ya hoy próximo a jubilarse John Boardman pasando por figuras como Percy Gardner, John Davidson Beazley, Bernard Ashmole o Martin Robertson⁸. La biografía que de ellos se ha hecho —en gran parte es autobiografía, reflexión interna que parte de la misma cátedra como institución— se muestra crítica: lo que hicieron y lo que no hicieron, las opciones que desecharon y las que potenciaron con la carga ideológica y científica que unas u otras implicaron, en fin su responsabilidad positiva o negativa en ese colectivo que es, en el curso de tantas generaciones de «escolares», la arqueología oxoniana. Ellos saben que, históricamente, a su vez serán objeto de la crítica por parte de las generaciones sucesivas. El historiador mismo se convierte así en historia. Pero en España, digo, ese ejercicio se ha desarrollado poco y hoy puede ayudarnos tal vez esta reunión para avanzar algo más en un camino aún prácticamente

⁴ Pío Baroja, *Siluetas románticas o biografías extravagantes*, Madrid, Espasa Calpe, 1934.

⁵ Antonio de Obregón, recensión al libro citado de Pío Baroja, en *Revista de Occidente*, n.º 132, junio de 1934, pp. 335-344, especialmente p. 339.

⁶ *Archäologische Bildnisse. Porträts und Kurzbiographien von klassischen Archäologen deutscher Sprache*, (eds. R. Lullies y W. Schiering), Mainz, 1988.

⁷ L. Curtius, *Deutsche und antike Welt. Lebenserinnerungen*, Stuttgart, 1950.

⁸ John Boardman, *100 Years of Classical Archaeology in Oxford, Beazley and Oxford, Lectures delivered at Wolfson College, Oxford, on 28 June 1985* (ed. by D.C. Kurtz), Oxford, 1985, pp. 43-55. Cf. el precedente, 100 años antes, de Percy Gardner, *Classical Archaeology at Oxford*, Oxford, 1890.

por desbrozar como es la historia de nuestro propio oficio de historiadores.

Hemos elegido este año como hilo conductor de nuestra reunión la visión del mundo ibérico, una parcela importante en la actividad de García y Bellido y del antiguo Instituto Rodrigo Caro. Un tema además importante y de actualidad en el campo de nuestra arqueología española: se apuntan en estos años búsquedas y propuestas nuevas. La última síntesis de Arturo Ruiz y Manuel Molinos, *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*⁹, presenta algunas de las posibilidades de las nuevas búsquedas en un espacio y en un tiempo ibérico dialéctico. Pues bien, el planteamiento de hace unos cincuenta años, época ya de plena madurez de García y Bellido, fue clave para la fijación de la arqueología del período ibérico. Como hoy, aquella época presentó con claridad sus problemas y propuso sus soluciones. Unas han perdurado y son válidas. Otras, no. Más atrás aún en el tiempo, cuando García y Bellido se introduce en la ciencia en los inicios de los años 30, este campo mantenía unos límites aún oscuros y bastante mal definidos. Existía, por el contrario, una importante historiografía romana con sus ámbitos, cronológico y temático, precisos. De lo ibérico apenas se tenía nada por seguro. Ni siquiera el nombre. Es decir, incluso el mismo nombre fluctuaba. Sin querer ahora pecar de nominalistas hemos de admitir que el nombre es un cauce fundamental de las ideas: si no es un espejo de ellas, «un vestido transparente del pensamiento» como pensaba Unamuno¹⁰, no se puede negar que el lenguaje sí interviene en su estructuración y ordenación. Y así, vemos cómo la denominación ibérica abarcaba desde comienzos de siglo ámbitos tan heterogéneos como las manifestaciones del neolítico o del ámbito tartesio. Algunos querían ver entonces en lo ibérico lo prehistórico. El nombre se reservaba sobre todo para lo neolítico. Cuando al final de los años 20, García y Bellido, aún como investigador bisoño se asoma a la arqueología, Gómez Moreno trataba de imponer a las manifestaciones que hoy consideramos ibéricas el nombre de hispánicas, como expresión de una alta cultura histórica, nacional. Juan Cabré, una o dos décadas anterior a Bellido, y con aquél muchos otros vacilan y en ocasiones ceden al señuelo de este nombre, como el de hispánico, tan sobrecargado de connotaciones

ideológicas¹¹. Las oscilaciones del nombre se mantendrán —creo que por el indudable carisma patriarcal de Don Manuel— hasta incluso después de la guerra, si bien ahora ya de forma más esporádica. Lo veremos luego, más detenidamente, cuando me toque hablar de la cerámica y aludamos al *Corpus Vasorum Hispanorum*¹². Baste aquí decir que en García y Bellido se afirma plenamente la nomenclatura ibérica aceptada años atrás por Bosch Gimpera. Entendió pues y usó ya lo ibérico prácticamente en la misma acepción histórica nuestra. Bosch Gimpera y García y Bellido son dos viejos pilares fundamentales de nuestra moderna arqueología ibérica.

El siglo XIX apenas conocía la arqueología ibérica. Cuando en los primeros años 80 se descubre la bicha de Balazote no se sabe ni cómo llamarla ni dónde encuadrarla históricamente: se la sitúa bien como producción caldea bien como obra palacial bizantina¹³. Las dos propuestas valen y encuentran entonces respaldo científico. Pues prácticamente no existía la categoría de lo ibérico cuando una u otra se formulan. Y de este modo, a las Damas del Cerro de los Santos, descubiertas poco antes, se las denominó mártires visigodas. Así, Amador de los Ríos, a finales de siglo. Lo ibérico constituía, pues, una categoría borrosa, imprecisa. Urgía una rígida taxonomía. Entre estas afirmaciones disparatadas y los inicios de la producción científica de García y Bellido apenas median dos generaciones de investigadores. Sus predecesores más inmediatos —como un ya lejano Pierre Paris Pongero, Manuel Gómez Moreno, A. Schulten y el mismo José Ramón Mélida y aquellos otros que alcanzaron su cénit con unas dos décadas de antelación a García y Bellido como Bosch Gimpera y Rhys Carpenter— todos ellos paulatinamente y de un modo u otro tratan de aproximarse a la realidad ibérica en el espacio y en el tiempo, es decir, en la historia. La época de García y Bellido,

⁹ Cf. Juan Cabré, *Arquitectura hispánica. El sepulcro de Toya, Archivo Español de Arte y Arqueología*, 1, 1925, p. 73: «necesitamos de dicho nombre (iberismo) para aplicarlo al arte de nuestro primitivo neolítico persistente muchos siglos con fijeza en la región del Ebro, o sea la Iberia propia, donde no se manifiesta dicha otra cultura». Sería preferible llamarle «período hispánico a este con que se inicia la arqueología histórica española». Se puede seguir la ambigüedad o fluctuación de la denominación (ibérica, hispánica) durante, al menos, las dos décadas siguientes en las páginas de *AEspAA* y luego *AEspA*.

¹² Hice un análisis del fenómeno histórico del *Corpus Vasorum Hispanorum* en mi artículo, *El «Corpus vasorum Hispanorum»*, setenta años después: pasado, presente y futuro del gran proyecto internacional de la cerámica antigua, *AEspA*, vol. 62, 1989, pp. 292-303.

¹³ Rodrigo Amador de los Ríos, *España. Sus monumentos y artes. Su naturaleza e historia. Murcia y Albacete*, Barcelona, 1889, pp. 720 ss.

⁹ Edit. crítica, Barcelona, 1993. Cf. la recensión de Lorenzo Abad, *La «historia» de los Iberos*, en *Arquitectura*, 6, 1993, pp. 13-14.

¹⁰ M. de Unamuno, *En torno al casticismo*, Madrid, Col. Austral, reimpr. 1991, p. 35, abajo.

empezando por algunos coetáneos suyos más viejos como Juan Cabré y por otros más jóvenes como Domingo Fletcher, fue precisamente crucial para las definiciones y para el enmarque histórico de lo ibérico, más o menos como lo entendemos hoy. Bellido vivió inmerso en estos problemas de precisión. Recordemos su famosa tesis romana sobre la Dama de Elche — que hoy nadie acepta — argumentada desde la arqueología y desde las fuentes textuales antiguas¹⁴. La situación, el enmarque histórico del mundo ibérico era entonces prioritario. Sólo por ello hoy puede serlo el análisis de su proceso dialéctico, territorial y social o los primeros ensayos de una caracterización semiótica de su universo imaginario. Podemos hoy jugar mejor con las metáforas pues estamos algo mejor asentados en la realidad.

Seguramente a algunos les parecerá hoy superfluo, ingenuo o excesivo el afán tipológico y definidor de aquella época. Entonces era necesario. Los límites se necesitaban precisar también internamente. Se precisaba clasificar el mundo ibérico. García y Bellido será, sí, un intérprete pero también, como hombre de aquella época, fué un clasificador. Bien es cierto que Bellido trascendió la tipología para hacer historia que era lo que más le interesaba. No se quedó nunca en aquélla.

La tipología es clasificación, es taxonomía e implica un contacto directo con la materialidad de los documentos. Entonces, en los años 30 y 40, el arqueólogo se relacionaba directamente con los documentos. Por de pronto en aquel originario Centro de Estudios Históricos era prioritario ficharlos. Lo ibérico, como lo púnico, lo griego o lo romano, se integraba en aquel fichero de arte antiguo, vinculado a la filosofía del patrimonio histórico y monumental del Centro. A Bellido se le encargó, antes de la guerra, de la parcela antigua de este fichero, lo que le permitió un contacto y familiaridad con los objetos y con los dibujos y fotografías de los objetos. Uno de los primeros frutos sería su librito «*Los hallazgos griegos en España*»¹⁵. Seguirían, después de la guerra, muchos otros en esta línea, como sus «*Esculturas romanas de España y Portugal*»¹⁶. Se partía, simplemente, del documento, escrito o material. La hermenéutica era sencilla. Constituía una especie de adecuación primaria entre el investigador y el objeto. A ello se añadía, en el caso de García y Bellido, la inmensa erudición de las fuentes

literarias. Pero también con ésta la relación era directa. Hoy interponemos más el discurso. Entre el investigador y los documentos se ha introducido el filtro de la hermenéutica científica, de la contextualidad, de la duda. Desconfiamos de las palabras — de las nuestras y las de los antiguos — y de que éstas nos ofrezcan una relación directa por un lado con el pensamiento y por el otro con las cosas. Somos en ello, dramáticamente, deudores indiscutibles de nuestra época. Posiblemente estamos intercalando más que nunca los textos nuestros y los de otros investigadores entre el pasado y nuestra lectura que en ocasiones no es, no puede ser tan directa como entonces. Bellido, al contrario, creía leer con mayor inmediatez, sin tantos artilugios, lo ibérico o lo romano. ¿Qué vamos a tratar de leer hoy?, ¿también lo ibérico?, ¿o será nuestra interpretación de la visión de Bellido y de su época de lo ibérico? De este modo hoy más que nunca sentimos que la realidad se nos escapa. Pero, paradójicamente, también puede resultar más compleja y matizada. Tal vez no podamos ya evitarlo.

La visión arqueológica de García y Bellido fue enormemente creadora. Era una creatividad desbordante en los más variados campos del pasado. Sólo uno de ellos era el mundo ibérico. Sería ingenuo pretender comparar hoy la creatividad de la investigación actual con la de la época de Bellido. Son parámetros diferentes¹⁷. La vitalidad científica de entonces pudo conllevar que no fuera necesario pararse y calibrar los límites de los postulados, las barreras que nos impone el pensamiento. García y Bellido, un pensador pragmático, no tuvo grandes formulaciones epistemológicas. Le guió un instinto primordial y el sentido común. Sin mayores preocupaciones se sirvió de las categorías historiográficas de la época¹⁸. Hoy debemos aplicar una parte de la creatividad a esta reflexión marginal. Un objetivo de esta jornada que aquí nos reúne podría ser el detenernos, siquiera un instante, en esta investigación de prisas que nos caracteriza. Compartir con la reflexión de todos la semilla ibérica de García y Bellido es también proyectar al futuro la investigación de lo ibérico. Y reflexionar sobre lo que dijeron

¹⁴ A. García y Bellido, *La Dama de Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reingresadas a España en 1941*, Madrid 1943.

¹⁵ Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1936.

¹⁶ Madrid, CSIC, 1949, 2 vols.

¹⁷ En este punto consistiría mi esencial discrepancia con el texto — tan motivador y sugestivo, por otro lado — de Javier Arce que se ofrece también en las páginas de la revista, un Javier Arce al que me he permitido calificar en estas jornadas — con la carga de respeto y afecto profundo que ello implica como de verdadero tábano socrático.

¹⁸ Por ejemplo, incorporó sin molestias las tesis continuistas, desde la Hispania antigua, de las raíces históricas de España, que se aceptaban ya en el siglo XIX y que propiciaría finalmente con la polémica Claudio Sánchez Albornoz.

nuestros predecesores —y sobre todo, entender por qué lo dijeron, es decir, situarlos en su limitación histórica— no debe implicar una decadencia de pensamiento arqueológico. Como si, no teniendo otras cosas más novedosas que decir, nos refugiáramos en las formulaciones de los otros. No: este ejercicio de la crítica es parte integrante de la historia.

Los temas aquí propuestos se dividen, al modo tradicional, en parcelas temáticas —escultura, arquitectura, urbanismo, cerámica, fuentes históricas— precedidas por un análisis historiográfico sobre la personalidad científica y la obra de García y Bellido en el antiguo Rodrigo Caro¹⁹. Se trata así de re-

¹⁹ Estos son los ponentes y temas de la jornada científica que figuran en el programa: Javier Arce, «El Instituto español de Arqueología Rodrigo Caro y la Revista Archivo Español de Arqueología en la concepción de Antonio García Bellido»; Martín Almagro, «De arquitectura ibérica»; Michael Blech, «La visión de la escultura ibérica, ayer y hoy»; Lorenzo Abad y Manuel Bendala, «La urbanística del mundo ibérico: las nuevas perspectivas»; Fernando Quesada, «Los mercenarios ibéricos y la concepción histórica en la obra de García y Bellido»; Ricardo Olmos, «Problemas historiográficos de cerámica ibérica e iconografía». Este último trabajo será publicado en *Revista de Estudios Ibéricos*, 1, 1994.

coger los principales aspectos que trató este autor en relación con el mundo ibérico. Su distribución responde pues, en gran medida, al viejo modelo de la investigación. Podrían, efectivamente, haber sido otras las propuestas pero creo que así tenemos una repartición tradicional, sencilla y útil. Nuestro discurso y, sobre todo, la discusión que esperamos surja de todos los participantes servirán para entrelazar los aspectos parciales en la dialéctica de la globalidad.

Quedan, por último, unas breves palabras de acogida. Debo indicar que, siguiendo el espíritu de la tradición de estas jornadas, nos encontramos ante una reunión austera, sin la fluidez económica a que nos podían tener acostumbrados otros fastos científicos. Por ello, en nombre del Departamento de Historia Antigua y Arqueología del Centro de Estudios Históricos quiero agradecer muy cordialmente a todos —investigadores, familiares y amigos— su participación y su presencia. Especialmente quiero agradecer la colaboración desinteresada de los colegas que en estos días han dedicado su tiempo y esfuerzo en preparar su comunicación y en ofrecernos hoy su valiosa aportación científica. Muchas gracias a todos.

GARCÍA Y BELLIDO Y EL INSTITUTO RODRIGO CARO

POR

JAVIER ARCE

Escuela Española de Historia y Arqueología del C.S.I.C. Roma

En 1951 Antonio García y Bellido publicaba en *Archivo Español de Arqueología* una especie de manifiesto sobre lo que entendía él que debería ser el recién creado Departamento o Instituto de Arqueología *Rodrigo Caro*. El motivo era, simplemente, que en ese año lo que era una sección del Instituto *Diego Velázquez* de Historia del Arte, se hizo independiente como Instituto de Prehistoria y Arqueología.

Considero este escrito de García Bellido el documento básico para comprender la idea que tenía sobre su Instituto y para entender en qué principios fundamentaba su acción y su futuro. En esta ocasión que se me brinda de recordar al gran investigador, arqueólogo e historiador, me limitaré a estudiar este texto que contiene todavía muchísimos puntos e ideas válidas, sugerencias y recomenda-

ciones que invitan a la reflexión y que permite, sobre todo, contrastar lo que él se propuso y lo que hizo y el desarrollo posterior del Instituto.

Se plantea aquí una cuestión de principio, esto es, en qué medida y por qué hemos de seguir o continuar el espíritu del, llamémoslo así, «padre fundador», en qué medida debemos o no debemos considerar importante o necesaria la continuidad. Creo que podríamos estar de acuerdo en que mantener las líneas maestras y esenciales que han guiado e impulsado un centro de investigación o una revista, constituye la característica definitoria y de identificación de la historia, la línea y la coherencia de este centro. Constituye su propia definición. En el curso del tiempo sobrevienen modificaciones y adaptaciones a los contextos y exigencias que van surgiendo;